

# *Biblioteca-Films*

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA



C. Schonstrom  
Herald Madsen  
Mariana Torres

SELECCIÓN

50 cts.



Lauritzen, Lau



# BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:  
**Calle Valencia, 234-Apartado 707**  
Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 15  
**B A R C E L O N A**

AÑO V

APARECE LOS MARTES

Núm. ext

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(DON QUIXOTE, 1926)

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título, basada en  
la inmortal obra del inmortal

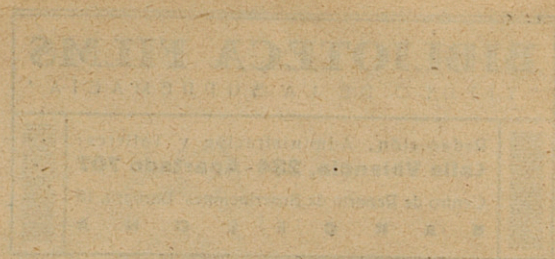
Miguel de Cervantes Saavedra

.....  
E X C L U S I V A  
L . G A U M O N T

Paseo Gracia, 66 Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA





LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF MODERN ART  
1000 5th Ave. New York 17, N.Y.

DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF MODERN ART  
1000 5th Ave. New York 17, N.Y.

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF MODERN ART  
1000 5th Ave. New York 17, N.Y.

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF MODERN ART  
1000 5th Ave. New York 17, N.Y.

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF MODERN ART  
1000 5th Ave. New York 17, N.Y.

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF MODERN ART  
1000 5th Ave. New York 17, N.Y.

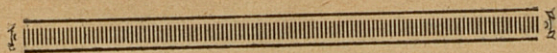
## REPARTO

Don Quijote . . . . .	<b>Carl SCHONSTROM</b>
Sancho Panza . . . . .	<b>Harold MADSEN</b>
Luscinda . . . . .	<b>Carmen Toledo</b>
Dorotea . . . . .	<b>Lisa Baudi</b>
Dulcinea . . . . .	<b>Marina Torres</b>





Luscinda y Dorotea con sus amantes.



En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre quiero acordarme, vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina próxima a cumplir los veinte. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, gran madrugador y amigo de la caza.

Los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba en leer libros de caballerías. Pasaba las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así de poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía, así de encantamiento, como de pendencias, batallas, desafíos, amores y disparates, hasta la hora en que sus amigos el cura, el ama, el barbero y la sobrina, hubieron de pensar en la forma y modo de impe-



dir que continuara la lectura de tales libros.

Llamábase el tal hidalgo Quijada o Quésada, aunque por todos fué luego conocido como Don Quijote de la Mancha, que rematado ya su juicio, con tanta lectura, le pareció conveniente y necesario hacerse caballero Andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, donde cobrase eterno nombre y fama.

Llegó su exaltación hasta tal punto, que un día encontráronle sus amigos, dando mandobles a diestra y siniestra, al mismo tiempo que decía:

—¡Fementida canalla, acercaos!

Era tal su delirio que creyóse luchando con una banda de gigantes encantados y el ama hubo de decirle al señor cura:

—¡Ved, señor, está completamente loco!

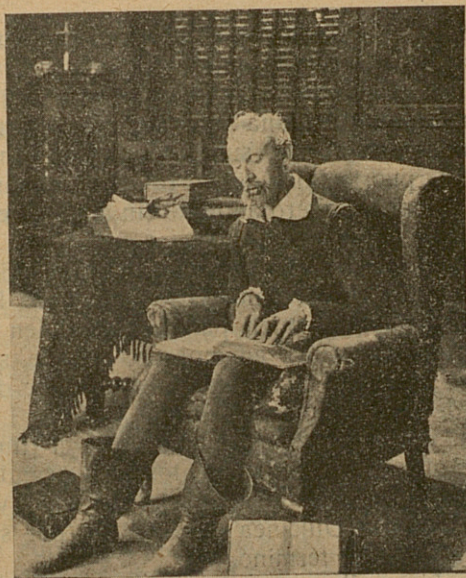
Mas reparando el hidalgo en sus amigos, les gritó para que pudiesen admirar la pujanza de su brazo.

—Ved ahí al malhado hechicero, vencido por la fuerza de mi brazo.

—Señor, nosotros no vemos más vencido, sino que habéis de perder el poco juicio que ya os queda de seguir leyendo esos malditos libros de caballería.

—Guardar vuestro consejo, señora ama—repúsole Don Quijote.

Imaginabase el pobre ya coronado, y así, con estos tan agradables pensamientos, lo



Los ratos que estaba ocioso...

primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de su bisabuelo que tomadas de orín y llenas de moho, hacía siglos que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo, pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenía celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media ce-



lada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera.

Y sin dar parte a persona alguna de su intención, una mañana antes del día, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, y por la puerta falsa del corral, salió al campo. Pero el caballero andante sin amores, era árbol sin hojas y sin alma.

En un lugar cerca del suyo, halló a quien dar nombre de su dama. Era una moza labradora de muy buen parecer, de quien él en un tiempo estuvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata de ello. Llámase la moza Aldonza Lorenzo, y a ésta parecióle bien darle el título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que desdijese mucho del suyo, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, por ser natural de este término.

Llegóse a ella, antes de emprender su primera salida en busca de aventuras y saltando de Rocinante cayó a sus pies diciendo:

—Mi bella Princesa del Toboso, rindiendo homenaje a vuestra hermosura y belleza, mi brazo realizará grandes fechos.

Rióse la muchacha de esta su salida tan a destiempo, tomándolo por loco o perturbado. Mas Don Quijote creyóse cumplido de un deber, y anduvo todo el día por las grandes llanuras de la Mancha. Al anochecer llegó a una venta, que se le representó que era

un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata.

En este magnífico castillo decidió Don Quijote pasar la noche, y al llegar a su puerta y ver que dos muchachas, que a la sazón se hallaban solazando y que al verlo, pretendieron huir, las retuvo diciéndoles:

—No fuyan vuestras mercedes, ni teman desaguizado alguno, contrario a la orden de caballería que profeso, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Riéronse las mozas, al oírle hablar de aquesta manera y hubieran sufrido el enojo del caballero, si en aquel instante no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales y temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, en ésta hallará de todo en mucha abundancia—y diciendo esto, fué a tener del estribo a Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Entrególe su caballo al mozo de la venta y advirtióle:



—Sed prudente, pues Rocinante es la mejor pieza que come pan en el mundo.

Lo que más apenaba a Don Quijote era no verse armado caballero, y dijo al ventero hincándose de rodillas ante él:

—No me marcharé jamás de donde estoy, hasta que me arme caballero.

—La capilla de mi castillo está derribada para hacerla de nuevo, pero puede velarla las armas junto al pozo—respondióle el ventero—. Mañana haremos las debidas ceremonias de manera que quede armado caballero, y tan caballero como no haya más en el mundo.

Reunió Don Quijote todas las armas, las puso sobre una pila que junto a un pozo había, y abrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente comenzó a pasear delante de la pila.

Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la ventá ir a dar agua a su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

—¡Oh, tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso caballero andante que jamás se ciñó espada!, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó el arriero de estas razones, y

Don Quijote alzó la lanza a dos manos, y dió con ella tan gran golpe en la cabeza al arriero que lo derribó en el suelo.

Los compañeros del herido que tal vieron, comenzaron a arrojar piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podía se separaba con su adarga, mientras les gritaba:

—¡Tirad, llegad, venid, soez y baja-canalla!

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese, y llegándose a Don Quijote hízole hincar ante él de rodillas, dióle con su misma espada un gran golpe en el cuello y mandó a una de las doncellas que le ciñese la espada, lo cual hizo con mucha desenvoltura y discreción, hasta tal punto que hubo de hablar el ya armado caballero:

*“Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido,  
como fuera Don Quijote  
cuando de su aldea vino.”*

“La del alba sería” cuando Don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo.



Habiendo andado como dos millas, descubrió un gran tropel de gente, que eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar sedas a Murcia. Apenas los divisó, cuando se creyó ser cosa de alguna aventura y cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oír aquellos caballeros andantes (que ya él por tales los tenía y juzgaba), levantó Don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

—¡Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea de Toboso!

—Señor caballero--contestáronle los arrieros-- no conocemos quién es esa buena señora; mostrádnosla, que si fuere de tanta hermosura, confesaremos la verdad.

—Lo habéis de creer--replicó Don Quijote-- confesar, afirmar, jurar y defender, gente descomunal y soberbia.

Y diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que antes había hablado, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Fué rodando Don Quijote un gran trecho, sin poderse levantar por el embarazo de la armadura y gritó, al ver que marchaban los mercaderes.

—Non fuyáis, gente cobarde, gente cauti-

va; atendéd que no por culpa mía, sino de mi caballo estoy aquí tendido.

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir y llegándose a él, tomó la lanza y después de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó a dar a nuestro Don Quijote tantos palos que, a despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera, dejándole tendido en el suelo, sin fuerzas ni modo con qué levantarse.

Quiso la suerte que acertara a pasar por allí un labrador de su mismo lugar que al verlo tendido en tierra, le preguntó:

—Señor Quijada, ¿quién ha puesto a vuestra merced de esta suerte?

Compadecióse de él el buen labrador y lo montó en el burro que llevaba, conduciéndolo hasta su lugar.

Y así terminó la primera salida de Don Quijote.



La palizada recibida tuvo al bueno de Don Quijote postrado en la cama durante varios días, y estos fueron aprovechados por el cura y el barbero, para tapiar el aposento donde estaban encerrados todos aquellos libros de caballerías que habían llegado a trastornar el juicio al señor de Quijada.

Cuando se levantó de la cama, lo primero que hizo fué ir en busca de la biblioteca y preguntarle a ésta dónde estaba el aposento de los libros.

—Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todos se los llevó el diablo—contestóle el ama.

—No ha sido el diablo, sino un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque andando los tiempos tengo que venir a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece.

No quiso contradecirle el ama y algunos días después solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo para que le sirviera de lacayo. Tanto le dijo, tanto le prometió y le persuadió, que terminó él, infeliz villano, por



— Ya sabes Sancho ...



acceder a salir con él en busca de aventuras, sirviéndole de escudero.

—Ya sabes, Sancho —dijole Don Quijote—el día y la hora en que pienso ponerme en camino y no has de olvidar las alforjas como corresponde a escudero de tan alto señor.

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo de la insula que me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea—le replicó Sancho Panza, a lo que Don Quijote le contestó:

—Cosas y casos acontecen a los caballeros andantes, mi buen Sancho, que con facilidad te podría dar un reino en vez de la insula que te prometo.

—Desa manera—exclamó Sancho Panza, rascándose su ralada cabeza—si yo fuese rey, por algún milagro de los de vuestra merced, mi mujer vendría a ser reina y mis hijos infantes.

—Pues ¿quién lo duda?—exclamó Don Quijote.

—Yo lo dudo, pues sepa mi señor, que mi mujer no vale dos maravedís para reina, condesa le caerá mejor y aun Dios y ayuda.

Preguntóle Don Quijote qué clase de caballería pensaba llevar, y díjole Sancho que un asno que le servía para dar vueltas a la noria.

—No me viene a la memoria caballero andante que haya traído semejante escudero... pero vaya por el asno.

Sin despedirse Panza de sus hijos y Don Quijote de su sobrina y ama, una noche salieron del lugar, sin que persona los viese y caminaron tanto que al amanecer se tuvieron por seguros de que nadie los encontrara aun que los buscasen.

Hacia horas que el sol había subido a su trono, cuando descubrieron treinta o cuarenta molinos, y así como Don Quijote los vio, dijo a su escudero.

—¿Ves allí, amigo Sancho, aquellos desafortados gigantes?

Miró Sancho los Molinos y no comprendiendo a qué gigantes podía referirse su señor, preguntó:

—¿Qué gigantes?

Aquellos que ves allí de los brazos largos. Que los suelen tener algunos casi de dos leguas.

Miraba y remiraba Sancho para el lugar que su señor le decía, y por más intención que ponía no podía ser otra cosa sino los molinos que ante ellos movían sus aspas gigantes, y al ver que Don Quijote se preparaba para sostener con ello una muy singular batalla, exclamó:

—Mire vuestra merced que no son gigantes, sino molinos de vientos.



—¡No fuyades, cobardes y viles criaturas! —gritaba Don Quijote, sin atender las razones de su escudero—, que un solo caballero es el que os acomete.

Y diciendo y haciendo esto, embistió con furia contra las aspas de uno de los molinos la que lo levantó y vino a dar con su cuerpo y con el de Rocinante en la tierra.

—Acercósele Sancho, y ayudándole a levantarse, le dijo:

—No le dije yo a vuestra merced que eran molinos de viento y sólo lo podía dar quien llevase otros en la cabeza.

Curólo mal que pudo de sus heridas y continuaron su camino hacia una venta, donde pasar aquella noche.

En Andalucía había un lugar que parecía un paraíso encantado, donde la bella y dulce Lucinda tenía amores con el joven doncel Cardenio.

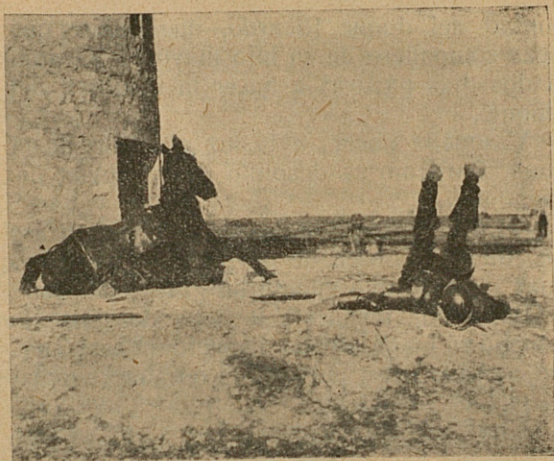
Alma apasionada componía coplas para ella, y una mañana, después de haberle cantado una de aquellas tan hermosas canciones, le dijo:

—Lucinda, hoy te pediré a tu padre por legítima esposa.

Y así fué; unas horas después se hallaba ante el padre de la joven y le decía:

—Señor, os pido para mí la mano de vuestra hija, la bella Lucinda.

—Agradezco la voluntad que me muestras



...y dió con su cuerpo y el de Rocinante en tierra.

de honrarme y honrarte con prendas mías; pero siendo tu padre vivo, a él le toca de justo derecho la demanda, que no es Lucinda para tomarse ni darse a hurto.

Pero el padre de Cardenio muy al contrario de lo que esperaba éste, lo aguardaba en su castillo para darle una noticia que no era nada de agradable.

Al oír la pretensión de su hijo, mostróle una carta que había recibido y le dijo:

—No puedo hacer lo que con tanto afán me pides, porque en esta carta verás la vo-



luntad del duque Ricardo, que quiere que seas compañero de su hijo mayor, y de aquí a dos días partirás a hacer la voluntad del duque.

Y aquella noche, a la luz plateada de la luna, Cardenio se despidió de su novia, diciéndole:

—Lucinda, llegó la hora de mi partida. Es del duque y orden de mi padre, y no tengo más remedio que cumplirla. ¿Me esperarás?

Por toda respuesta la bella doncella le ofreció su mano, donde depositó un beso suave como la brisa perfumada que impregnaba el jardín.

### !! ACONTECIMIENTO !!

#### LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

publicó en el presente mes la adaptación literaria de la famosa película

## El Gaucho

Asunto de máximo interés, fé y amor.  
Por el gran DOUGLAS FAIRBANKS

PRECIO

1'50 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Pasados unos días, Cardenio llegó al castillo del duque e hizose gran amigo de su hijo Fernando, que era a quien había de acompañar. Vióle su aspecto de tristeza y preguntóle:

—¿Qué os acontece, amigo mío, que os veo entristecido?

—Estoy enamorado—respondióle el otro.

Así era en verdad. Fernando amaba a una muy bella labradora de una de las haciendas de su padre, y para que Cardenio pudiese contemplar tanta hermosura como había dicho, lo llevó a la casa de ella y encontrándola en la puerta llenando, a la sazón, un jarro de agua, le dijo:

—Dorotea, ¿nos das un sorbo de agua?

La labradora le ofreció el cantarillo que descansaba sobre su cintura, y en él bebieron los dos amigos, pareciéndole a Fernando que bebía en los labios dulces de su señora de sus sueños.

Cuando fué a devolverle la vasija, le dijo al oído:

—Dorotea, loco estoy de amor por ti; volveré esta noche, quiero hablarte.



Y al cerrar la noche, la dueña de Dorotea, sobornada por Fernando, franqueóle la entrada de la casa, ocultándolo en el aposento de la joven.

Llegó la inocente paloma, y Fernando estrechándola entre sus brazos, quiso probar la dulzura de sus besos, a la vez que la doncella lo rechazaba, diciéndole:

—Si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada el alma con mis buenos deseos; pero no es pensar que de mí alcances cosa alguna hasta que no fueres mi legítimo esposo.

—¡Bellísima Dorotea! Aquí mesmo te doy mi palabra de caballero y de noble de que lo seré tuyo, tan y cuanto venza la resistencia de mi padre, el señor duque.

Dejemos a los dos enamorados entregados a las ternezas de su amor y volvamos a encontrarnos con el hidalgo Don Quijote y su fiel escudero, en la venta donde fueron a pasar la noche.

En la misma habitación donde descansaba el hidalgo y su escudero, dormía también un arriero, que esperaba a la puntualísima Maritornes, la cual, con táticos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres se alojaban y equivocándose de cama vino a dar en la de Don Quijote.

Era tanta la ceguera del pobre hidalgo que le pareció que tenía entre sus brazos a la

diosa de hermosura. Pero ella, al verse con otro del que pensaba y creía, comenzó a dar gritos tan desaforados, que no tardó en levantarse el ventero y sus criados.

El arriero para librarse de la paliza, que tal vez pudiera caberle, huyó de su cama y entró en la de Sancho, obligándole, de un fuerte embite, a salir despedido por el otro lado del lecho.

En esto llegaron a él la gente de la venta y diéronle, para su escarmiento, una muy buena tanda de golpes, que le obligaron a buscar refugio en el valor de su amo, quien le dijo cuando pudo hacer salir a los de la venta:

—A mí vino la más apuesta y hermosa doncella que se puede hablar, y estaba en dulcísimos y amorosísimos coloquios, cuando algún descomunal gigante asestóme una puñada en la quijada.

La puñada a qué se refería el hidalgo no era otra sino que la tremenda bofetada que dióle la Maritornes, cuando vió que no era el arriero a quien se buscaba el hombre que la tenía entre sus brazos.

—Aun vuestra merced, menos mal — respondióle Sancho—, pues tuvo en sus manos aquella incomparable hermosura; pero yo sólo recibí golpes y no de ninguna princesa, sino de gente dura y soez.

Como quiera que a la mañana siguiente



saliera Don Quijote de la venta sin haber pagado el importe de la misma, el hostelero dejóle marchar, sin comprender aquellas leyes de caballerías de que le hablaba el hidalgo; pero cogió a Sancho y éste le dijo:

—Habéis de saber, buen hombre, que los que como yo, son escuderos de tan renombrados caballeros como lo es mi señor, tampoco pagan donde pernoctan.

Hizo el hostelero una seña a su gente, y entre todos cogieronme al pobre Sancho y metiéndole en una manta, le hicieron salir varias veces por el aire a considerable altura. Cuando se vió libre de ello, corrió al lado de su amo, que le esperaba, y contóle cuanto de extraordinario acababa de sucederle.

—Ahora acabo de creer, Sancho, bueno—dijole el hidalgo—que aquel castillo o venta es encantado sin duda.

Volvió Sancho la cara hacia la malhada venta, donde tan mal había sido tratado y respondió:

—No aseguraría yo tanto a vuestra merced; pero sí le diría que de no estar encantada, por lo menos demonios deben vivir en ella.

Al día siguiente de la entrevista de Fernando con Dorotea, aquél brindaba a la salud de la bella labradora que había fiado en su palabra, y entregándole la bota de vino a su amigo Cardenio, le dijo:

—Bebamos a la salud de Cándida Dorotea.

Aceptó Cardenio, entristecido, el ofrecimiento, y su amigo volvió a decirle:

—¿Piensas en Lucinda?... Veo que he dado con la herida de tu alma, y para apartar de mi memoria la hermosura de mi labradora, que tan sujeto me tiene, te propongo vayamos a casa de tu padre.

El corazón latióle con violencia a Cardenio y exclamó:

—Lo apruebo por la buena ocasión que se me presenta de volver a ver a Lucinda.

Hicieronlo así y poco tiempo después Cardenio volvía a ver a Lucinda y le decía a su amigo:

—Verás la hermosura, discreción y donaire de mi amada.

Y ocultándolo tras unas matas, se acercó



a la reja en la que lo esperaba Luscinda, y le dijo apasionadamente:

—¡Cuán dichoso soy, amada mía de volverme a hallar a tu lado!...

Mientras hablaban los dos enamorados, Fernando admiraba la hermosura de aquella doncella que le había hecho olvidar de pronto toda la de la linda labradora.

—¿Es sin igual hermosa, verdad Fernando—preguntóle cuando volvió al lado de su amigo.

—Hermosa es, Cardenio—contestó éste, por cuya imaginación había pasado la idea de apoderarse de aquel tesoro que Dios había concedido a su amigo.

Caminaba Don Quijote por la vasta estepa castellana, cuando una gran manada de corderos apareció cerca de ellos. Detuvo el hidalgo su ya más que cansado "Rocinante" y díjole a Sancho:

—No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines y el ruido de los tambores?

Miró Sancho hacia el lugar que le indicaba su amo, y no viendo nada más que a los corderos, contestó:

—No oigo otra cosa, sino muchos balidos de ovejas y carneros.

—El miedo que tienes—dijo Don Quijote—te impide que ni veas ni oigas a derechas, porque uno de los defectos del miedo es el



Esto diciendo, se entró por medio...

de turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son, y si es que tanto temes, retírate, que yo solo basto para alcanzarme la victoria.

Y diciendo esto, puso espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en ristre, bajó contra las ovejas, sin curarse de las razones de Sancho que le decía:

—Vuélvase vuestra merced, que voto a Dios que son carneros y ovejas a los que va a embestir.

Ni por eso volvió Don Quijote, sino que en altas voces iba diciendo:



—¡Ea, caballeros!, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarrón de la Trapobana.

Esto diciendo, se entró por medio del cuadrón de las ovejas y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara a sus mortales enemigos.

Los pastores y ganaderos desafiéronse las hondas y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como el puño. Tal fuerza llevaba una de las piedras que recibió el buen hidalgo que vino a caer en tierra y su escudero, que desde lejos se mesaba la cara al contemplar la locura de su amo, se acercó por fin a levantarlo, y le dijo:

—No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese, que lo que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

Emprendieron de nuevo amo y escudero el camino tan mal interrumpido, y al medio día vieron brillar sobre la cabeza de un viajero, una bacía, que parecióle yelmo a Don Quijote.

Era el maese Antonio, barbero de dos pueblos cercanos, que se protegía de los rayos del sol con su bacía de azofar.

—¿No ves aquel caballero?—dijole a Sancho Don Quijote—. Es uno de mis peores

enemigos, y he de vencerle en singular batalla.

—No crea eso, mi señor, que no es otro que maese Antonio y lo que lleva sobre su cabeza es la bacía de azofar.

Pero Don Quijote, creyéndolo uno de tantos gigantes con los que había de sostener singular batalla, levantó su espada y dióle un tremendo mandoble. Cogió la bacía y mostrándosela a su escudero, le dijo:

—Famosa pieza de oro finísimo.

Miróla Sancho de cerca, y respondió.

—Por Dios, que la bacía es buena, y vale un real de a ocho, por lo menos.

Mas Don Quijote que no daba oídos a las sinrazones de su criado, púsosela sobre su cabeza como trofeo de aquel tan extraordinario combate que acababa de ganar.

---

No haga el ridículo en sociedad  
¿Quiere usted aprender a bailar?

Adquiera hoy mismo nuestro método  
práctico y sencillo de

## Charleston

Precio del método: **25 cts.**

**Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona**

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado



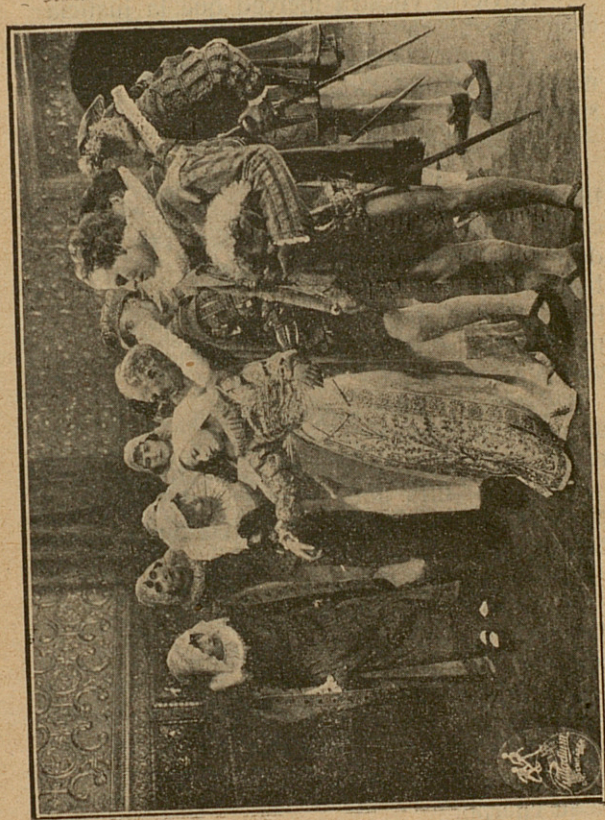
Desde que Fernando viera a la bella Luscinda, tan sólo existía para él una mujer en el mundo, y sin tener en cuenta la buena ley que le debía a su amigo, lo envió a casa de su hermano mayor para que lo retuviera unos cuantos días hasta que él tuviera ocasión de poder arreglar su asunto amoroso.

Seis días llevaba Cardenio en salvación de su amada, pero cuando llegó se realizaba la boda y salió loco del aposento, dando por hecha su desventura, mientras que Luscinda privada de sentido, caía en los brazos de su dueña, sin poder pronunciar el "sí" que la hacía esposa de Fernando.

No era Don Quijote caballero a quien la suerte y la fortuna le privase de las más singulares aventuras y una nueva y no pequeña se le vino con la aparición de unos cuantos galeotes que eran conducidos a la galera.

Plantóse delante de los soldados que los conducía y díjole a Sancho:

—Es esta cadena de galeotes gente forzada del rey.



...mientras que Luscinda privada de sentido, caía en los brazos de su dueña.



—Advierta vuestra merced que la justicia es el mismo rey—respondióle Sancho.

—¿Por qué llevan esta gente de esta manera?—preguntó Don Quijote al jefe de los soldados.

—Son galeotes, gente de su majestad.

—No es humano llevar a esta gente de la forma en que vos los lleváis, señor oficial y como brazo de justicia que soy por fuero de mi voluntad, permitidme que sepa el motivo y razón de que sean conducidos de tan humillante manera—dijo Don Quijote disponiéndose a preguntar a cada uno el motivo de su condena.

—Haced lo que gustéis, señor caballero, siempre que seáis lo más breve posible—repuso el que parecía jefe de la tropa.

—Señor—dijo uno—, yo voy por amor... por amor a una canasta de ropas que no me pertenecía.

—Por ladrón de bestias—repuso otro.

—Yo voy aquí porque me burlé demasiado de dos primas hermanas mías y con dos hermanas que no lo eran mías.

Así fué preguntando de uno a uno hasta llegar al que iba en último lugar cargado de grilletes y cadenas y argollas, en tal manera que apenas podía mover una parte de su cuerpo.

—¿Cómo es—le preguntó al comisario—que éste va tan cargado de hierro que pare-

ce si no que sea mercader de ello y que vaya a una feria?

—Porque éste solo tiene más crímenes que todos ellos juntos, señor. Es el famoso Ginés de Pasamonte, más malo que peste de cólera.

—No lo creáis, señor—protestó el bellaco—. Decid antes que voy por bueno, y que no pesa sobre mí otro delito que el de haber escrito un libro que es el más interesante de cuantos hasta la fecha se han dado, y aun presumo yo que se darán a la estampa, y este libro, señor caballero, no es otro que el de mi vida, que esta gente se han propuesto termine cuando más interesantes comenzaban a ser sus capítulos.

—Presumo, hermanos—dijo Don Quijote, luego que hubo terminado su interrogatorio—, que aunque no sois del todo buena gente, no váis por vuestro gusto al lugar en que os llevan, y veo, en cambio, que sois gente sin valimiento, en quien la justicia se ciega de modo que, aun siendo escasas vuestras culpas, convierte en grande vuestro castigo. La Orden de caballería que profeso me obliga a defender a los menesterosos, y desgraciados y, por consiguiente, pido al señor comisario que, enmendados los yerros de la justicia, y para que Dios le tenga algo que agradecer, ya que sólo a Dios toca castigar las culpas de los hombres y no permi-



tir que nosotros hagamos de verdugos con uestros semejantes, pido, repito, con manse-dumbre os dé la libertad. De lo contrario está lanza y esta espada se encargarán de hacerselo cumplir.

—Donosa majadería pedís, señor caballe-ro. Enderécese esa vacía y no ande buscando los tres pies al gato.

—Vos sois el gato, el ratón y aun el bellaco, ¡mal hablado! —dijo Don Quijote, tumbándolo en tierra de un lanzazo.

Lo cual, visto por los otros corchetes, dieron en la más desordenada fuga y dejaron los presos con Sancho y Don Quijote, que les habló de esta manera.

—Es mi voluntad que en pago a la libertad que acabo de daros con las mismas cadenas vayáis a la ciudad del Toboso y os presentéis a la Señora Dulcinea, la más hermosa de cuantas hay sobre la faz de la tierra, y le digáis que su Caballero de la Triste Figura se le envía a encomendar por vuestra mediación.

Trabóse de palabras con Ginesillo de Pasamonte por si debía o no y si era o no una majadería tal pretensión, y Don Quijote arremetió contra él. Pero el bellaco concitó a todos los bandidos para que le ayudaran, y bien pronto caballero y escudero se vieron bajo una lluvia de piedras que dió con Don Quijote en el suelo.

—Siempre he oído decir, Sancho amigo—repuso Don Quijote mientras su fiel escudero le ayudaba a levantar—que el hacer bien a villanos es echar agua al mar.

Y juntos los dos emprendieron el camino de Sierra Morena, a donde el enamorado caballero decidió ir para hacer penitencia.

\* \* \*

En la casa de Don Quijote reinaba con su partida el mayor desasosiego, y salió en unión de Maese Nicolás, el barbero, dispuesto a hallarlo y hacerlo volver a su casa. Pero dejemos en pos del de la Triste Figura y Sancho, cuyas trazas no debían tardar en encontrar por el gran reguero de fama que tras de sí dejaban, y veamos lo que a éstos les ocurrió apenas hubieron llegado a la sierra.

Quiso la mala suerte que por aquellos lugares acertara a pasar Ginesillo de Pasamonte, y como no era muy dado a andar a pie, pudiéndolo hacer de otra manera, acordó hurtar su rucio a Sancho mientras éste se hallaba durmiendo. Sancho vió huir al embustero ladrón a caballo del ídolo de sus días, y como la mucha distancia que ya en-



tre ellos había le impidiera consumir el hecho, sintió por primera vez en su vida lo que deben ser las fatigas de muerte, por desesperación.

—Consuélate, Sancho amigo—le dijo su dueño—, yo te daré una cédula de cambio para que en mi casa te den tres rucios por el tuyo. Seca esas lágrimas, que más bien son propias de mujerzuela y no de un escudero de tan valiente caballero como yo, y ten confianza en la Fortuna, que si hasta hoy nos fué tornadiza, en cuanto acabe mi penitencia, me ha de valer, como es justo y leal que así suceda.

Estando en estas razones vieron un joven que en estado deplorable, cubierto de andrajos y con la mirada extraviada se acercaba hacia ellos.

—Mire vuestra merced, cuán extraña figura—dijo Sancho, viendo al joven.

—Parece ser que viene hacia nosotros. Aguardaos a que llegue y demóсле el consuelo que haya menester.

Así lo hizo Don Quijote, y llegado que hubo el que parecía un loco solitario, le preguntó las causas de su desventura, ya que desventurado en grado sumo parecía.

—Os juro, noble mancebo, por la cosa que en esta vida más habéis amado o amáis, que me digáis la causa de vuestra soledad.

—Mis amores y mis penas... que claman venganza al cielo.

—También a mi me traen mis amores, y aun cuando por mi profesión no estuviera ligado a practicar una de las más elementales obras de caridad, cual es la de consolar al triste, por esta sola circunstancia de coincidencia, juro remediar vuestra desgracia si tiene remedio o llorarla y plañirla como mejor pudiere.

—Mi nombre es Cardenio—dijo el loco—, mi linaje noble; amé, quise y adore a Lucinda... y Fernando era mi mejor amigo...

Al llegar a este punto el loco rompió en amargo llanto, y luego prosiguió dando muestras de considerable agitación.

—¿Conocéis por ventura a Lucinda, señor caballero? ¡Cuántas canciones y cuántos enamorados versos la compuse! ¡Ah! ¡Fementido Fernando! ¡Traidor cruel y vengativo! ¿Qué de servicios te había hecho este triste que con tanta llaneza te descubrió los secretos de su corazón?

Ya le andaba cansando a Sancho tanta monserga como la que el loco daba de sus amores desgraciados, y juzgando que para historias tristes ya tenían bastantes con cuantas aquel día les habían ocurrido, que no eran pocas, mandólo enhoramala con sus versos.

—Loco de amor está el caballero, y locura es ésta que merece respetarse, Sancho—



repuso Don quijote, que para las penas de amor tenía la máxima indulgencia.

Pero ocurrió que a poco se entablaron los dos en una discusión fútil, y Cardenio la emprendió a estacazos con el amo y a puñaldas con el criado.

—Has de saber, Sancho amigo—le dijo Don Quijote—que la historia de este loco es en extremo interesante, y que espero ella me dará ocasión a una de las hazañas más grandes en la cual yo pueda mostrar mi valimiento. Pero esto no lo puedo hacer hasta tanto no cumpla la penitencia prometida, como hizo Amadis de Gaula, no te quedo en cueros por estos riscos, sin más alimentos que las raíces ni más bebida que el agua de los arroyos, vayas al Toboso y digas a mi adorada Dulcinea las aventuras que hemos tenido y las penas que sufro por sus desvíos.

—Señor, todo esto me parece muy bien, pero si yo digo a vuestra Señora Dulcinea la penitencia que vos hacéis, ¿no teméis os tome por un caballero loco de puro enamorado?

—Volverse loco de amor no es ninguna sinrazón, aun cuando yo no haya sufrido desvíos. El toque está en desatinar sin ocasión y dar con ello a entender a la dama de mis pensamientos que si esto hago en seco que no haría en mojado.

Marchó, pues, el buen Sancho a cumplir el encargo que se le encomendaba, dejando a su señor desnudo, clamando al cielo su amor y escribiendo en las cortezas de los árboles su nombre y el de su dama. Andando, andando, llegó Sancho a la venta donde tan extraños sucesos le habían ocurrido. Allí estaba el cura con maese Nicolás, y la hermosa Dorotea, burlada por Fernando. Y el escudero tuvo la oportunidad de llegar en el punto y hora en que el cura preguntaba por la señas del descamisado caballero.

Explicó el cura a todos la locura de Don Quijote y el propósito que a él y al barbero les conducía de sacarlo de tamaños desatinos, y para hacer tal imaginaron una burda comedia, la cual consistía en vestir al barbero de princesa y que éste pidiera una gracia, tras de lo cual, y una vez atraído a la venta, ya se encargarían ellos de ponerlo a buen recaudo y llevarlo consigo.

Accedió Sancho, mal de su grado, y fué también con los demás a mostrarles el sitio donde su amo quedara haciendo penitencia,



Cerca de la sierra encontraron a Cardenio, quien les contó su dolorosa historia, y más luego volvieron a toparse con la propia Dorotea que hallábase lavándose en la clara corriente del río.

Acercóse a ella el cura, y reconociéndola por el relato de Cardenio, le dijo:

—¿Eres la hermosa Dorotea, hija única del rico Clenardo?

Reconocióla a su vez el malhadado mancebo, y exclamó:

—Yo soy el desdichado Cardenio. La mujer por quien te dejó el fementido Fernando era mi prometida.

El cura vislumbró en aquellos encuentros mejor solución que la comedia urdida por ellos, y dijóles:

Oid mis sanos consejos, que todo puede salir mejor que previsto. ¿Aceptáis ayudarnos a salvar un desgraciado fingiéndoo una princesa?

Pusiéronla al corriente de lo que se trataba, ofreciéndola en enmendar en lo que pudieran su desgracia, y Dorotea contestó:

—Accedo gustosa y haré cuanto me mandéis.

—Ahora, tu buen Sancho, sigue mostrándonos el camino, hasta que demos con tu amo, el señor de Quijada.

Y separáronse un buen trecho para que

Dorotea pudiera cambiar sus ropas de pastor por el de princesa, que llevaba el barbero.

\*\*\*

Ataviada de esta guisa la bella Dorotea emprendió el camino de la sierra acompañada de Sancho y el cura, y no bien hubieron andado como unos dos cuartos de legua cuando llegaron a un valle desde el cual tendido sobre unas peñas y en paños menores vieron la extraña figura de Don Quijote elevando al cielo sus brazos que por lo largos y descarnados más bien parecían aspas de molino.

Y Sancho se adelantó a todos y presentó a su señor la comitiva hablándole de esta manera:

—He aquí, señor caballero andante, a una princesa malhadada que viene en demanda de vuestra ayuda.

Cogió Don Quijote a la hermosa Dorotea que vestida a la usanza de las princesas se hallaba de hinojos ante él y la instó para que levantara con suma cortesía.

—De aquí no me levantaré—repuso ella acongojada—oh valeroso y esforzado caba-



llero, hasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don.

—Os lo otorgo y concedo, hermosa princesa, como no se haya de cumplir en mengua y daño de mi rey, de mi patria y de aquella que mi corazón y libertad tiene la llave.

—El que os pido es que vuestra magnánima persona me prometa que no se ha de entretener en aventura hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino.

Prometiéndolo Don Quijote por su fé y por su honor, extendiendo su lanza y poniendo a Dios por testigo de ello, y acto seguido emprendieron todos el regreso a la venta donde ocurrieron las más grandes aventuras que el lector verá.

Al mismo tiempo que en la sierra se desarrollaban estos sucesos, en el monasterio de Santa Cruz, corían asustadas las hermanas y salían a las celosías del vetusto convento pidiendo favor. Un sacrilego sin conciencia, apostado con algunos de sus esbirros, gente pagada para tal menester, que nunca faltan almas propicias a trocar sus escrúpulos en dinero, habían esperado a que las madres salieran a través del claustro acompañando a las novicias a la hora del rezo, y cuando penetraban éstas últimas por las puertas de la capilla, salieron los embozados desde de-

trás de los chiteles llevándose a la bella Lucinda.

Ya en el campo trocaron sus sayales de novicia por otra ropa llevada al efecto, y cubierta la cara los autores del rapto se dirigieron a la misma venta en que estaba Cardenio, Dorotea, Sancho y Don Quijote.

Ocurrió que al bajar de la sierra, el socarrón del ventero hizo que las maritornes del mesón y los mozos de mulas prestaran a Dorotea todo el acatamiento que por su jerarquía de princesa se debía y Don Quijote tuvo con ello la más grande emoción y contentamiento.

Y en tanto la comitiva se aposentaba, Sancho, por mandato de su señor, fué a guardar en la cuadra al pacífico "Rocinante". Pero he aquí que al pasar el buen escudero por la plazoleta que ante la posada había vió a un asno que le miraba de manera por demás cariñosa y a punto estuvo de perder el juicio creyendo que sus ojos le hacían ver visiones.

—¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa—dijo Sancho abrazándose al burro que no era otro que su querido rucio—brinco de mis ojos, regalo de mi mujer... envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas!

Y así hubiera estado sabe Dios cuanto tiempo llorando de gozo y besándolo, de no haber divisado sus ojos la odiosa figura de



Ginesillo, lo cual visto por Sancho, agarró una piedra y fué tras el fementido embustero que puso pies en polvorosa, dispuesto a romperle la cabeza.

A poco de esto fué el ventero a la calle y como viera venir una bien numerosa tropa de gente, lo comunicó a sus huéspedes. Eran Fernando con su gente que llevaba cautiva a la novicia, la cual no era otra que la hermosa Luscinda, cubierta su cara con un antifaz.

—No quiero ser vista por nadie—dijo Dorotea metiéndose en una sala contigua, a donde la acompañaron los demás huéspedes de la posada.

Pero Don Quijote casi seguro de que la dama que venía con la comitiva sería alguna otra princesa que habría menester de sus servicios salió a presentarle sus respetos.

—Evitaros la molestia, señor caballero—repuso Fernando—. No os canséis en ofrecer nada a esta mujer ni procuréis que os responda si no queréis oír una mentira de su boca.

—¡Jamás la diré!—repuso ella quitándose el antifaz con violencia—. Antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosa me veo ahora en tanta desventura.

La voz de la dama llegó como un eco del cielo a los oídos del loco que se precipitó en la estancia contigua.

—¡Ah fementido Fernando!—gritó sacando su espada.—Aquí me pagarás la sin razón que me hiciste.

—¡Deteneos!—clamó a su vez Don Quijote, haciendo sobrehumanos esfuerzos por separarlos—. Que es contrario a todas las reglas de caballería el batallar ante una dama. Aquí está Don Quijote para desfacer entuertos.

Desenvainó su espada y con ademán imponente, como en aquel interregno se hubiese arrodillado Dorotea a los pies de su amado Fernando, le mandó levantar diciéndole:

—Levantáos, señora mía, que no es justo permanezca arrodillada quien por sus virtudes y constancias en el amor debería ocupar un altar.

—Y en cuanto a vos, enamorado Cardenio—le dijo entregándole a Luscinda—mirad los ojos de vuestra amada y ved si en el contento y dicha que en ellos se lee por vuestro hallazgo no tenéis la mejor de las venturas, la confirmación de que no ha dejado de amaros ni un momento. Vivid luengos años y sed muy felices. ¡Tal es la voluntad de Don Quijote!

—Y vos, caballero don Fernando, dad gracias al cielo que os premia con el amor de tan sin par criatura, como la bella Dorotea.

—¡Venciste, hermosa Dorotea, venciste!—le dijo por fin don Fernando estrechándola en sus brazos—, que no es posible tener ánimo



para rechazar un amor tan sincero y firme como el que me profesáis. Yo me considero con él feliz y dichoso.

Lo cual, visto por el caballero, giró sobre sus talones y miró a los circunstantes con aire de aplastante superioridad. Sancho que lo había contemplado todo con la boca abierta, se acercó a su señor y le dió unos familiares golpecitos, diciéndole:

—¡Bien habló vuestra merced!...

—Sancho, amigo, guardemos las distancias... Tu entusiasmo te hace olvidar de quien soy y de quien eres... Y dicho esto se retiró a descansar dejando a las dos parejas en amoroso coloquio.

Pero estaba escrito que a Don Quijote debían ocurrirle aventuras hasta entre las sábanas de la cama. No tardó en aparecer Sancho en el comedor lanzando desaforados gritos y mesándose los cabellos.

—¡Acudid todos, válgame el cielo! Que mi señor Don Quijote está en su cuarto libando un tremendo combate. He oído sus juramentos y salen por la puerta arroyos de sangre.

Precipitáronse todos, unos detrás de otros, y llegaron hasta el cuarto del caballero que, sudoroso y jadeante, les dijo:

—He tenido con un gigante la más cruel y descomunal batalla que pienso sostener en los días de mi vida—y desnudo, sin más ropa

que su largo camisón, seguía todavía blandiendo su recia tizona.

—Sepa vuestra merced—dijo el ventero acongojado y lloroso—, que el tal gigante son unos cueros de buen vino que acaba de horadar y que la sangre derramada son las seis arrobas de tinto que cada uno encerraba dentro de su vientre. Duerma en paz que en esta casa no le molestarán follones ni malandrines y deje a mis cueros si no quiere buscar mi ruina.

A la mañana siguiente el cura y el barbero, ayudados por los otros, sacaron a Don Quijote y a viva fuerza lo metieron con sus armas dentro de una carreta en la cual habían puesto una jaula de madera, de recios barrotes, en la cual, tirada por una pareja de cansinos bueyes, llevaron al más valiente y enamorado de todos los caballeros.

—No me maravilla nada de esto, Sancho—le dijo a su escudero al verse arrastrado de tal manera—, porque si bien te acuerdas, la otra vez, cuando estuvimos aquí, todo eran cosas de encantamiento... Mas, tú, hazte el desentendido...

Y así terminó la segunda salida de Don Quijote.



Algunos días después, el cura, Maese Nicolás, el barbero; el bachiller Sansón Carrasco y la sobrina de Don Quijote, celebraban animado conciliábulo.

—¿Será posible—decía la sobrina—que mi tío se esté quieto sin pensar más en sus soñadas aventuras?

—Habrá que no tocarle ningún punto de la andante caballería...—dijo el cura—y no renovarle ni traerle a la memoria cosas pasadas.

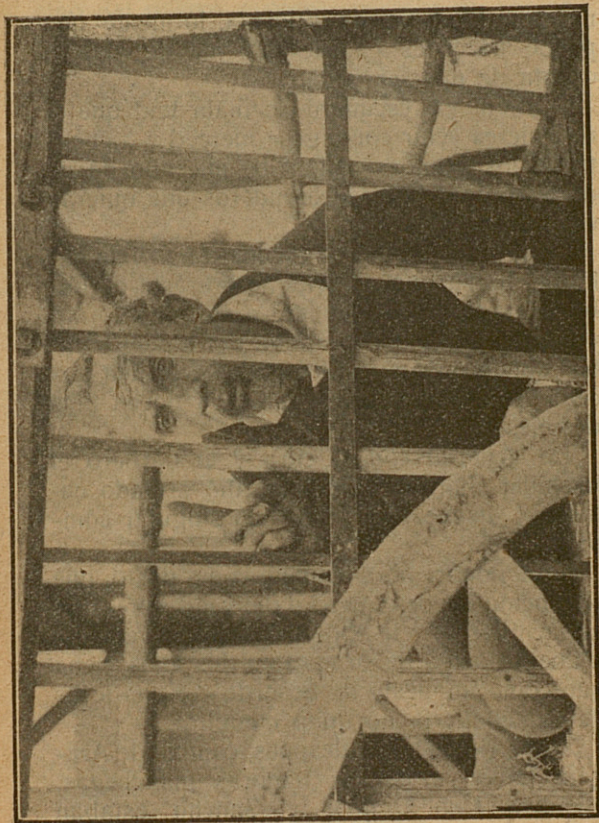
En aquel instante se oyó una recia voz y unos golpes en la puerta.

—Abran vuestras mercedes que vengo a ver a mi señor Don Quijote.

Abrióse la puerta y apareció Sancho, a cuya vista todos le propinaron los mayores improperios, deseosos de que se marchara cuanto antes.

—Ven acá, mi fiel amigo—dijo Don Quijote apareciendo al ruido de las voces—, y dime que mal te acongoja.

—Venía a recordar a vuestra merced la insula que me tenía prometida. Así como así en mi casa andamos menguadamente de di-



... y a viva fuerza lo metieron con sus armas dentro de una carreta ...



neros y de no darme la insula, lo menos que puedo hacer es pedirle que me dé algo a cuenta de mis servicios...

—¡Vete ya, escudero de mala ley! que si no quieres venir conmigo a merced y a cuenta de los grandes beneficios que ello ha de darte, no me faltarán escuderos que quieran venir conmigo...

Llegáronle al alma al escudero aquellas palabras de su dueño; arrepintióse éste de haber tratado tan duramente a su fiel servidor y a hurtadillas de la familia del hidalgo ambos quedaron convenidos para hacer una tercera salida, cosa que efectuaron pocos días después.

De acuerdo con el cura y el barbero el bachiller Sansón Carrasco salió armado caballero, dispuesto a retarlo en singular combate.

—Le pondré de antemano como pacto, que el vencido quede a merced del vencedor—dijo el bachiller—, y le obligaré, una vez vencido, a que no salga de su casa en dos años, pena que como impuesta de acuerdo con las leyes de la caballería no dudo cumplirá.

Y ocurrió que días después, camino de Aragón, lejos ya de las llanuras manchegas, mientras Don Quijote y Sancho estaban bajo unos sauces, en las cercanías de Jarama, apareció en lontananza un caballero. Era el bachiller Sansón y su escudero Tomé, un ve-

cino del mismo pueblo que para no ser conocido había adoptado sobre sus narices otras postizas enormemente grandes.

—Aventura tenemos, hermano Sancho—le dijo Don Quijote.

—¡Oh, la más ingrata y la más hermosa mujer del mundo!—dijo el caballero apeándose no lejos de donde Don Quijote estaba.

—Sancho, ya ves que ese caballero desvaría—le dijo Don Quijote en voz baja—. Pero yo le haré entrar en razón haciéndole saber quién es la más hermosa entre las hermosas.

Y aun no había acabado de decir esto cuando el caballero se sentó a su lado saludándole ceremonioso y Tomé al lado de su vecino Sancho, mirándole con unos ojos tan feroces que al pobre casi se le heló la sangre de sus venas.

—Sabed, señor—dijo Sansón—que soy el más valiente y el más enamorado caballero del orbe.

—Tened en cuenta, señor caballero andante—repuso Don Quijote amoscado—, que en el mundo hay más caballeros andantes y valientes que vos.

—De sobra lo sé; pero sé también que yo soy el único que ha sabido vencer al insigne caballero Don Quijote de la Mancha el más famoso de los andantes caballeros.

—Que vuestra merced haya vencido a todos los caballeros andantes de España y aun de



otras naciones, no digo que no... Pero que haya vencido a Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda, que aquí está él mismo, que lo sustentará con sus armas de cualquier suerte que os agrade.

—Mientras que nuestros dueños se riñen —dijo Tomé, que por lo visto también llevaba encargo de volver a Sancho al camino de la cordura— nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Ni por pienso, señor escudero—repuso Sancho con socarronería—. Esas son costumbres de rufianes... Además me imposibilita el reñir el no tener espada.

—Para eso sé yo buen remedio; traigo aquí dos talegas y reñiremos a talegazos.

Dióle Tomé una talega a Sancho y él se armó con otra. En un descuido de su vecino, Sancho metió dentro de la suya una piedra de tamaño más que regular y cuando su paisano y amigo comenzó a darle de mamporros, Sancho aguantó paciente hasta que viendo la ocasión propicia le asestó uno en medio del codo que lo dejó sin sentido.

Entre tanto sus escuderos se peleaban, el caballero de la Triste Figura y el de los Espejos, jinetes en sus jmelgos respectivos prodigábanse sendos lanzazos, que dieron como final el derribo del rival de Don Quijote.

—Acude Sancho—le dijo éste, al ver a su



—Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no has de creer.



rival en tierra—y mira lo que has de ver y no has de creer.

Corrió presto el escudero, levantó la celada del rival que yacía en tierra y su pasmo no tuvo límites.

—Mire, señor—dijo por fin—, el mismo rostro, el mismo aspecto, la misma efigie y la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco.

—Bah, no repares en estas minucias, amigo mío, ya sabes cuanto es y hasta donde llega el poder de los encantadores.

Dicho esto y apartado que se hubo Sancho, Don Quijote metió la lanza en el cuello de su rival, diciéndole:

—Muerto sois caballero si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso le aventaja en belleza a vuestra Casilea de Vandalia y a todas las mujeres de la tierra.

Así lo confesó el licenciado que de la locura de Don Quijote temía desafuero en su garganta y tras deprometerle que iría a rendirle pleitesia, trató de levantarse del suelo, lo que hizo después de no pocos trabajos.

Algunos días después, cerca ya de Zaragoza, Don Quijote y Sancho vieron una gran partida de gente armada a pie y de a caballo.

Detuviéronse los de la comitiva al ver a la conocida figura del caballero y el escudero y los duques, pues duques eran los de la caería, esperaron su llegada para cerciorarse

de si los personajes cuyo encuentro les deparraba el destino eran tan interesantes en la realidad como en la novela, de la cual ya habían leído una primera parte.

—El caballero de la triste figura rinde homenaje a vuestras mercedes.

—Y nosotros, señor, nos holgamos grandemente con vuestro saludo y la presencia de vuestro famosísimo escudero.

Tomó el duque por su cuenta a Don Quijote y la duquesa a Sancho, a quien le habló de esta manera:

—Mucho me huelgo, hermano Panza, de que os dignéis venir junto a mí; pues gusto infinito oír vuestras discreciones.

En tanto, el duque, despachó a unos halconeros con órdenes para la recepción de Don Quijote y cuando lo tuvo todo dispuesto, le habló así:

—Venga el caballero de la Triste Figura a un castillo que tengo no lejos de aquí donde se le hará el acogimiento que su alta persona merece.

Entró Don Quijote en el castillo donde un regimiento de soldados le hicieron pasar por debajo del arco del triunfo formado por sus largas picas y tras de recorrer en triunfo vastos salones llegó por fin con su escudero a las gradas del trono, donde el duque y la duquesa les recibieron.

—No es justo—le dijo el duque que tan es-



forzado y valiente caballero se postre de hinojos ante tan insignificante duque como yo. Levantáos pues, yo os lo ruego.

—Gracias, noble señor. Sus enemigos son los míos y mi brazo y lanza vuestros son.

La duquesa a su vez hizo levantar a Sancho que estaba en la misma humilde postura y con voz a un tiempo dulce y burlona le habló así:

—He pedido a mi esposo el señor duque que colme todos vuestros deseos y os nombre gobernador de una insula.

—En efecto —dijo éste—. Precisamente tengo una de nos, derecha, redonda y bien proporcionada que os vendrá al pelo. Y veredes querido amigo que cosa tan dulcísima es mandar y ser obedecido.

Besó Sancho la mano a la duquesa, regando los bajos con sus lágrimas y en sus transportes de gozo abrazó a las dueñas allí presentes en número no menor de cuarenta repartiendo sonoros besos en las mejillas de todas ellas con gran regocijo de los duques y hasta del mismo Don Quijote.

Sus transportes de alegría no eran para descritos. Por fin la duquesa lo tomó de la mano y le dijo:

—Espero que seréis tan buen gobernador como vuestro recto juicio promete.

—En cuanto a honradez, señora, yo os aseguro que no tiene igual—terció Don Quijote.



Al día siguiente...

Y luego, volviéndose a Sancho, con lágrimas en los ojos le dió los consejos que le parecieron más del caso.

—Si tus deberes fuesen demasiados pesados—le dijo—, o si tu corazón latiese por mí, Sancho amigo, ya sabes que mis brazos están siempre dispuestos a recibirte.

Describir los transportes de alegría de Sancho ante su soñado empleo, es cosa que pasa



de nuestro entendimiento y no acierta relatar nuestra pluma. Sólo diremos que estos fueron tales que los duques tuvieron con ello regocijo para los días de su vida.

Al día siguiente, llegó Sancho a la Insula Barataria y el pueblo en masa salió a recibirle con muestras de gran contento. El primer sabroso yantar, preludio de los copiosos hartazgos que pensaba darse, revistió para los escuderos los caracteres de unatragedia. Se dió el caso de que los gobernadores de la insula tenían un médico llamado Pedro Recio de Tiertafuera que cuidaba de su salud y se situó junto a él en la cama.

—Veamos aquel plato de aves asadas—dijo Sancho.

—Toda hartazga es mala; pero la de aves es malísima—arguyó el médico. Y unos sirvientes se llevaron la fuente.

No quedó muy contento Sancho, que hasta entonces jamás le hicieran daño tales cosas, pero ignorante de las costumbres se resignó.

—Veamos—dijo—aquel platonazo que está más adelante vagando; me parece que es olla podrida...

—No hay cosa en el mundo de peor mantenimiento, señor; deje vuesa merced las ollas podridas para las bodas labradorecas.

Y así, uno a uno, le fueron retirando todos los platos.

—¿Quién eres tú que te propones matarme

a dieta?—dijo Sancho por fin de pésimo talante.

—Soy el médico de la Insula, y mi deber es mirar por la salud de los gobernadores de ella. Pedro Recio, para servir a vuestra merced. Es de mi parecer que no debe comer de estos platos.

—Siendo así lo menos que debiérais hacer sería no mandar sacarlo para tentar mi apetito y volverlos después, que ojos que no ven corazón que no padece y el mío en este instante padece más de la cuenta. Pero en fin ya que no queda otra cosa comeré fruta.

—La fruta, señor, es manjar muy húmedo.

—¿Sabes que si en lugar de llamarte Pedro Recio te hubieran puesto Pedro Delgadísimo habrían acertado mucho mejor? ¿Qué es lo que puedo comer sin que me haga daño?

—Lo que ha de comer el señor gobernador para conservar su salud, es un ciento de canutillos de suplicaciones...

—¡A mí, soldados! —gritó Sancho—. ¡Ahorcar a este canalla que quiere matarme de hambre! ¡Quítate de mi presencia doctor de mal agüero!

Con dos panecillos por todo yantar salió Sancho de la sala de justicia donde a la sazón le esperaban todos los representantes de la misma, los cuales quedaron maravillados de su sagacidad y buen criterio. Como asis-



tente suyo figuraba Pedro Recio, que en realidad era un secretario del duque.

—¿Aun estáis con vida?—le dijo al verlo.

—Vuestra merced me confunde con mi hermano, a quien ahorcaron va para una hora.

—¿Y cuántos hermanos sois?—dijo Sancho que no se tragó la bola.

—Tan solo cinco, señor gobernador.

—¡Justicia, señor gobernador, justicia!—clamó en aquel instante una joven acompañada de un hombre a quien conducían unos corchetes—. Este mal hombre me ha cogido en mitad del campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, ¡y desdichada de mí! me ha quitado lo que tenía guardado más de veintitrés años ha, defendiéndolo de moros y cristianos... y ahora me niega una indemnidad...

—Señor, yo soy un pobre ganadero y volvíame a mi aldea, cuando topé en mi camino con esta dueña... hizo que gocemos juntos, paguéle lo suficiente, y ella, mal contenta, se asió de mí y no me ha dejado hasta traerme a este puesto... dice que la forcé y miente para el juramento que hago o pienso hacer...

—Entrégale a la querellante el dinero que te pide—repuso Sancho.

Salió el jayán a toda prisa y a poco rato el dinero metido en el seno y luego que hubo abandonado la sala Sancho se dirigió al inculpado.

—Buen hombre, id tras esa mujer y quitadle el dinero aunque no quiera y volved aquí con él.

Salió el jayán a tado prisa y a poco rato compareció la dueña gritando:

—¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuestra merced, señor gobernador la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado que me ha querido quitar los dineros.

—¿Y haoslos quitado?—le dijo Sancho con socarronería.

—¿Cómo quitar? Antes me dejara yo quitar la vida...

—Hermana mía, si el mesmo valor que habéis mostrado para defender vuestro dinero, lo mostráredes para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza... devolvedle su dinero y andad con Dios y mucho enhoramala.

\*\*\*

No harto de pan y de vino, sino de juzgar y dar pareceres cuando el sueño le comenzaba a cerrar los párpados oyó Sancho que llamaban fuertemente a la puerta de su regio palacio.

Entró el mismo Pedro Recio y le entregó un pliego sellado que rasgó Sancho y después de darle vueltas y vueltas se lo devolvió, diciendo:



—No sé leer, mira lo que dice.

En este pliego el duque le daba cuenta de que unos enemigos de la insula se preparaban para un furioso ataque y le recomendaba que estuviera prevenido.

No bien hubo acabado de leer el contenido, el mismo doctor le puso dos escudos a guisa de armadura y le dijo:

—No hay que temer que aquí estamos todos sus súbditos.

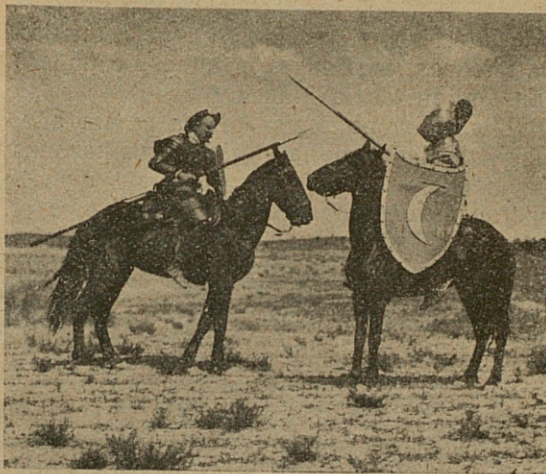
Cargado de armas y escudos el pobre Sancho sudaba a más no poder y al fin exclamóse de su mal, diciendo:

No nací para ser gobernador, ni para defender insulas, ni ciudades de los enemigos que quisieran acometerlas.

Huyó de aquella malhada insula y salió al campo caballero en su rucio, hasta que el azar lo volvió a reunir con su antiguo amo Don Quijote.

Algún tiempo después, a su regreso de la ciudad de Barcelona, donde le ocurrió las más peregrinas aventuras, Don Quijote y Sancho diéronse de manos a boca con un caballero que dijo ser el de la Blanca Luna, el cual no ero otro que el licenciado Sansón Carrasco, quien repuesto de sus heridas volvía otra vez a su empeño de atraer a Don Quijote al camino de la cordura.

—Yo sey—le dijo—el más famoso caballero del orbe, vengo a contender contigo y



Frente a frente del caballero de la Blanca Luna.

hacerte confesar que mi ama es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso.

—Caballero de la Blanca Luna, yo os haré jurar que jamás habéis visto a la ilustre Dulcinea.

—Dispuesto estoy —respondió el bachiller—; pero si yo te venciere, no quiero otra cosa sino que dejando las armas te recojas por tiempo de un año a tu lugar.

—Acepto vuestro desafío.

La mala suerte del caballero de la Triste



Figura lo hizo ser vencido en aquella ocasión y así retiróse a su lugar el famoso caballero Don Quijote de la Mancha.

Obligado a no tomar armas en un año, imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas obscurecidas, las esperanzas de sus nuevas esperanzas deshechas como se deshache el humo con el viento, y la razón de que estaba tan necesitado volvió a su cerebro cuando la muerte llamaba con impaciencia a las puertas de su vida.

Hizo venir a Sancho y le dijo:

—Yo tengo ya juicio libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Perdóname, Sancho, la ocasión que te he dado de parecer tan loco como yo.

—¡Ay! No se muera vuestra merced, sino tome mi consejo—exclamó Sancho—y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir.

Y así le llegó el fin de su vida a quien tantos estuertos enderezó y tan fama adquirió por los siglos de los siglos, el nunca bien ponderado Don Quijote de la Mancha.

F I N



**OTRO GRANDIOSO EXITO EN**  
**Las Grandes Novelas de la Pantalla**  
(LA PRIMERA NOVELA CINEMATOGRAFICA)

## *Jaque a la Reina*

Novela de emoción y misterio, cuya  
trama de vibrante interés y sugestivo  
asunto amoroso llamará la atención



Magna interpretación de los artistas  
**Mme. Dullin, Charles Dullin y Pierre Blanchar**

**Precio: 1'50 PESETAS**

DIRIJA USTED LOS PEDIDOS A  
**Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona**

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 988 G. - Barcelona